

CLACSO
#5

DOCUMENTOS DEL SUR
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Los movimientos sociales y la crisis del desarrollismo

Una aproximación teórica desde Latinoamérica

Juliana Flórez Flórez

2009

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Flórez Flórez, Juliana

Los movimientos sociales y la crisis del desarrollismo: una aproximación teórica desde Latinoamérica. -
1a ed. - Buenos Aires : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2009.
Internet. - (Serie Documentos Especiales)

ISBN 978-987-1543-34-2

1. Movimientos Sociales. I. Título
CDD 305.3

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Secretario Ejecutivo: Emir Sader

Área de Relaciones Internacionales: Alberto Cimadamore

Programa Sur-Sur, Proyecto Sur: Luciana Gil

Av. Callao 875 | piso 4º "G" [recepción] | C1023AAB | Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459

clacso@clacso.edu.ar | www.clacso.org



Comité Editorial:

Gladys Lechini

Jacques d'Adesky

Carolina Mera

Anton Allahar

Romer Cornejo

María Elena Alvarez

Este artículo fue presentado originalmente en el Taller de Trabajo Internacional "Desarrollo y Movimientos Sociales en el Sur", organizado por el Acuerdo Tricontinental "The Africa, Asia and Latin America Scholarly Collaborative Program", apoyado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, y realizado en Río de Janeiro, en abril de 2008.

Las opiniones vertidas en este documento son exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente expresan la posición de CLACSO.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Documentos del Sur

ISBN 978-987-1543-34-2

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Agencia Noruega de Cooperación para el Desarrollo

Resumen

Ciertas teorías consideran que las acciones colectivas del Sur no pueden consolidarse en movimientos sociales porque sus contextos de lucha carecen de la condición moderna del desarrollo. Contra esta idea, este texto propone un abordaje teórico del desarrollo como un terreno de lucha fértil donde los movimientos latinoamericanos han retado los límites de la modernidad. Primero, se muestra que la crisis de la deuda externa de los años ochenta desembocó en la crisis del desarrollismo. Siguiendo la tesis de Escobar y Álvarez (1992), se argumenta que tal crisis contribuyó a la proliferación de movimientos en la región. Se señalan algunas claves de las perspectivas críticas del desarrollo que nutren esta tesis y luego, se explica por qué el dilema de esas perspectivas de optar excluyentemente por modelos de desarrollo alternativos o por alternativas a los modelos de desarrollo se torna insuficiente para comprender el impacto de las acciones colectivas contemporáneas. Finalmente, con base en las nociones de saber y lugar se apuntan desafíos para seguir pensando el nexo entre desarrollo, transformación y acción colectiva.

Palabras claves: movimientos sociales, desarrollo, Latinoamérica, deuda externa, saber, lugar.

Durante los últimos años hemos asistido a un importante cambio en el estudio de la acción colectiva. El potencial subversivo que por los años setenta se les negó a los movimientos sociales a favor del Estado y los procesos revolucionarios, les fue por fin reconocido en la década de los ochenta. Desde entonces, se concibe a los movimientos como actores privilegiados para suscitar transformaciones difíciles de imaginar desde los partidos políticos, las empresas o las instituciones de servicio social (como las Agencias de Cooperación Internacional, la Iglesia o la academia desde donde escribo). En este clima de efervescencia, tanto las teorías europeas críticas de la ilustración (Melucci, Touraine, Giddens, Lyotard, Offe, Habermas) como las norteamericanas de la acción colectiva (McAdam, Tarrow, Benford) celebraron el potencial de los movimientos sociales para cuestionar los límites de la racionalidad decimonónica: el agotamiento del sistema económico, la irreversibilidad de los daños ambientales, el aumento exponencial de la brecha entre clases, etc. Sin embargo, como he argumentado en otro lugar, desde distintas vertientes teóricas (Teoría de Movilización de Recursos, Teoría de los Procesos Políticos, Teorías Identitarias) tendió a concluirse que en los países del Sur, donde todavía la modernidad es un proceso incompleto, los movimientos tienen un escaso potencial para subvertirla. De hecho, hasta se afirma que las metas de los movimientos del Sur (cubrir necesidades básicas, ganar autonomía ante el Estado, consolidar democracias débiles, etc.) son el punto de partida de los movimientos del Norte¹. En la base de estas afirmaciones, explica Escobar (1997), se halla la tesis común de que el subdesarrollo es uno de los impedimentos para que la acción colectiva del Sur se consolide en movimientos sociales.

Este texto va en contravía de esa tesis. Argumenta que uno de los éxitos sustanciales de los movimientos del Sur ha sido apropiarse del desarrollo como un terreno fértil para retar los límites de la modernidad. Si las teorías de movimientos no han captado esta potencia es por su visión eurocéntrica del desarrollo. Comenzaré mostrando que la crisis de la deuda externa vivida en América Latina durante los años ochenta desembocó en la crisis del desarrollismo. Segundo, apoyándome en la tesis de Arturo Escobar y Sonia Álvarez según la cual esta crisis es uno de los factores que contribuyó a la proliferación de movimientos en la región, intentaré cambiar los términos del debate sobre el escaso potencial de los movimientos latinoamericanos para retar los límites de la modernidad². Tercero, señalaré algunos aportes de las perspectivas críticas del desarrollo que son claves para esta tarea de cambiar los términos de la discusión. Cuarto, explicaré por qué el dilema de esas perspectivas críticas de optar de manera excluyente por modelos de desarrollo alternativos o por alternativas a los modelos de desarrollo se torna insuficiente para comprender el impacto de las acciones colectivas contemporáneas. Por último, tomando las nociones de saber y lugar apuntaré algunos desafíos para seguir pensando el nexo entre desarrollo, transformación y acción colectiva.

De la década perdida en América Latina a la crisis del desarrollismo

A mediados de los años setenta los países de la periferia (del sistema capitalista), por primera vez desde hacía medio siglo, disponían de una oferta abundante de créditos a bajo interés. Esa abundancia venía de las ganancias que la banca internacional (de Japón, Europa y Norteamérica) había obtenido del aumento de los precios petroleros. Para los gobiernos latinoamericanos endeudarse era

1 Flórez-Flórez, J. 2007 "Lectura no eurocéntrica de los movimientos sociales latinoamericanos. Claves analíticas del Programa Modernidad/Colonialidad." En Castro-Gómez y Grosfoguel (eds.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (243-266).

2 Cambiar los 'términos del debate' es una expresión usada por Walter Mignolo en el contexto de la discusión del Giro Decolonial.

‘un buen negocio’. Exorbitantes sumas de capital fueron la supuesta garantía para alcanzar el desarrollo según los paradigmas económicos predominantes en el momento. El principio del Equilibrio Estable de las Teorías Dinámicas de la Producción aseguraba que tras una inversión continua y sin intervención del Estado, se llegaría a un punto de desaceleración del crecimiento que automáticamente estabilizaría el sistema social y equilibraría todas sus fuerzas. La teoría de las Etapas del Crecimiento Económico de Rostow (1961) sentenciaba que después de inyectar capital de inversión extranjera se aumentaría la capacidad de ahorro de los países pobres; cubiertas esas condiciones, el crecimiento económico sería ‘cuestión de tiempo’. Los gobiernos latinoamericanos, ávidos de llenarse los bolsillos, ya fuera para alcanzar el desarrollo o para sus propios menesteres, no tardaron en respaldar cualquier tipo de privatización, tuvieran o no garantía oficial³.

Así, los países latinoamericanos pisan los años ochenta fuertemente endeudados y habiendo asumido sus Estados la garantía de pagar las deudas privadas (adquiridas por bancos, multinacionales, etc.). Bajo estas arriesgadas condiciones tuvieron que enfrentar la drástica medida tomada unilateralmente por la administración Reagan: un aumento de los intereses de la deuda. El gobierno de los Estados Unidos –cuyo ejemplo siguieron los países europeos– justificó tal medida con la necesidad de compensar los efectos de la crisis petrolera. En consecuencia hubo un brutal aumento de los intereses de las deudas externas, sobre todo de las latinoamericanas y africanas. Durante esos años los países de la periferia tuvieron que transferir a los del centro grandes volúmenes de capital a través de la banca internacional privada. Para compensar tales medidas optaron por las privatizaciones y la reducción del gasto público (Martínez y Vidal Villa, 1996). En 1982, México se declara moroso y cunde el pánico en la banca global. Las empresas privadas ‘incapaces’ de pagar sus deudas, las transfirieron a los Estados que, ‘incapaces’ de negarse a asumirlas, terminaron comprometiéndose a pagar la deuda pública así como la privada (públicamente garantizada). De manera irresponsable, los gobiernos de la región se apresuraron a aplicar los Programas de Ajuste Estructural exigidos por el FMI para refinanciar la deuda y supuestamente salir de abajo. En consecuencia, disminuyeron los servicios públicos (alcantarillado, agua, luz, etc.), aumentó la delincuencia así como las migraciones del campo a la ciudad, la urbanización precaria y la economía informal (Calderón, 1986). Por ese entonces, la economía acuñó la expresión de la *década perdida* para referirse a los ochenta como los años que América Latina estaba malgastando en la carrera del desarrollo por dedicarse, casi exclusivamente, a pagar los intereses de la deuda externa adquirida en la década anterior.

En ese momento, la economía y los organismos internacionales encargados de diseñar y gestionar las políticas contra la pobreza, siguieron la misma estrategia de los años anteriores: someter a revisión el concepto de desarrollo. De modo que tras la sucesiva mejora de indicadores realizada entre los cuarenta y los sesenta (que llevó del Producto Interno Bruto al Índice de Desarrollo Humano y luego al del Índice de Pobreza Humana y al Índice de Desarrollo Humano por Género) y la subsiguiente redefinición cualitativa de los setenta (el desarrollo como satisfacción de Necesidades Básicas o Calidad de Vida), en plena crisis de la deuda externa de los ochenta, iniciaron otra revisión. La misma estaba dirigida a ampliar el concepto de desarrollo más allá de la esfera económica. Así, al paradigma del Crecimiento Económico le sucedió el de Desarrollo Humano, luego el de Desarrollo Sostenible; iniciando este milenio,

3 Uno de los más dramáticos ejemplos es el caso de Argentina, privatizada y endeudada al punto de que, entrado el nuevo milenio, el Estado sólo era propietario de las casas consulares.

el de Desarrollo Integral y Participativo (y la cosa sigue porque recientemente se empezó a hablar de Co-desarrollo).

A pesar de esos sucesivos intentos por perfeccionar el modelo de desarrollo, los nefastos resultados de la crisis de la deuda externa mostraban que el asunto era insalvable. Se estaban cumpliendo los presagios que diez años atrás habían vaticinado los Informes del Club de Roma sobre los límites del crecimiento económico y la necesidad de explorar modelos alternativos⁴. Era claro que comenzaban a resquebrajarse las expectativas de un desarrollo acumulativo, ilimitado y universal (Viola, 2000). Ya para comienzos de los noventa se habla de la *crisis del desarrollismo* para recalcar el fracaso, no de la manera de medir o definir el desarrollo, sino del modelo mismo. Con este término además, se ha querido destacar que el desarrollo no es el proceso de cambio natural sino el producto de un contexto histórico e ideológico que lo privilegia (Mires, 1993; Wallerstein, 1997). Pero ¿qué pasó durante los años ochenta para que al final de la década los esfuerzos por salvar el modelo de desarrollo hubieran sido en vano? ¿Por qué no fue suficiente que las agencias para el desarrollo se arriesgaran a ampliar el paradigma, como lo habían hecho una y otra vez, aprovechando cada informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo? ¿Qué sucesos contribuyeron a que esos esfuerzos fracasaran y terminara decretándose la crisis del desarrollismo?

La década ganada: el desarrollo como campo de lucha de los movimientos de los ochenta

En el libro «*The making of social movements in Latin America: identity, strategy and democracy*» de Arturo Escobar y Sonia Álvarez (1992), hallaremos uno de los acontecimientos decisivos para decretar la crisis del desarrollismo: la proliferación de movimientos latinoamericanos durante los años ochenta. Contra la desgastada declaración de que esos años fueron la década perdida en la carrera por el desarrollo, el libro propone una relectura de los sucesos del continente en clave de acción colectiva: “De los *squatters* a los ecologistas, de las cocinas populares en vecindarios pobres a grupos feministas socialistas, de las movilizaciones por los derechos humanos y por la defensa de la vida a las coaliciones gay y lésbicas, el espectro de las acciones colectivas latinoamericanas cubre un amplio rango” (1992:2). Estas acciones, entre muchas otras, muestran esos años como la *década ganada* para la región. Dos factores condicionaron tal proliferación, explican Escobar y Álvarez. Por un lado, la crisis de los mecanismos convencionales de representación política y por otro –la que nos interesa aquí– la crisis del desarrollismo y muy particularmente la del estado desarrollista/populista en México y Suramérica y la de los estados oligárquicos en Centroamérica. Ambas crisis –añaden– coincidieron con fuertes medidas de represión por parte de los regímenes dictatoriales del Cono Sur, de contrainsurgencia en Centroamérica y de Seguridad Nacional en Suramérica y México⁵.

4 El Primer Informe del Club de Roma, «Los límites del crecimiento» (Meadows, 1972), expone las hipótesis sobre las graves consecuencias de continuar con una tendencia infinita hacia el crecimiento a nivel mundial. Propone restringir el crecimiento para evitar desastres irreparables, como por ejemplo, detener el crecimiento demográfico (sobre todo en el Tercer Mundo) o disminuir el consumo de materiales (sobre todo en el Primer Mundo). El Segundo Informe «La humanidad en una encrucijada» (Mesarovic y Pestel, 1974), plantea que ante esta crítica situación se debe elegir un modelo de crecimiento orgánico y armónico que sustituya al modelo de crecimiento indiferenciado y desequilibrado. En este informe, a diferencia del primero, no se enfatizan los límites materiales, sino los límites “de tipo social, político y administrativo [...que...] residen en la naturaleza humana.” (Mesarovic y Pestel, 1974:250).

5 Escobar y Álvarez la llaman crisis del desarrollo pero están refiriéndose a lo que en esta discusión ya denominamos crisis del desarrollismo.

Encuentro muy sugerente la propuesta de Escobar y Álvarez de leer la crisis de la deuda externa en clave de acción colectiva. Su tesis de la crisis del desarrollismo como una coyuntura histórica que favoreció la proliferación de movimientos latinoamericanos en los ochenta, cambia radicalmente los términos de la discusión sobre el escaso potencial de los actores colectivos de la región para retar los límites de la modernidad. Como apuntaba al inicio del capítulo, la literatura tiende a concluir que en los países del Sur, donde la modernidad todavía es un proceso incompleto, los movimientos tienen escasas posibilidades para retar al pensamiento decimonónico. Por ejemplo, para Touraine la condición subdesarrollada y dependiente de las sociedades latinoamericanas impide que las acciones colectivas de esa región articulen movimientos sociales. De ahí que para Latinoamérica el autor hable de movimientos socio-históricos o movimientos culturales pero no de movimientos sociales (Touraine, 1987). En esta misma línea, Mainwaring y Viola (1984) sostienen que en el Norte son 'viejas' las demandas que movimientos de Argentina y Brasil hacen para que el Estado provea servicios básicos (agua potable, títulos de tierras, transporte); una tesis claramente miope a las consecuencias de la privatización de los servicios públicos cuya amenaza se extiende a las fuentes de agua. Otro caso es la tesis de Foweraker (1995) según la cual los movimientos latinoamericanos surgidos durante los ochenta, bajo Estados de Bienestar débiles y regímenes autoritarios, como por ejemplo, el feminista chileno o argentino, no tuvieron suficiente autonomía porque orientaron sus estrategias y agendas a la defensa de derechos humanos continuamente trasgredidos por las fuerzas militares y paramilitares del Estado. Este tipo de diagnósticos presume que allí donde todavía no ha terminado de llegar la modernidad, el análisis de los movimientos amerita una excepción. Antes de llamarlos «movimientos sociales» los denominan: «movimientos populares» (Foweraker, 1995; Laclau y Mouffe, 1985), «movimientos sociohistóricos» (Touraine, 1987), «movimientos culturales» (Touraine y Khosrokhavar, 2000) o simplemente, «viejas luchas» (Mainwaring y Viola, 1984).

Si como sugieren Escobar y Álvarez, asumimos que fue precisamente la imposibilidad del desarrollo y el paradójico aumento de la pobreza que éste trajo consigo, uno de los factores que promovió la proliferación de movimientos latinoamericanos durante los años ochenta, tenemos que el desarrollo no es un requisito para articular movimientos sino más bien, *un fructífero campo de lucha de los movimientos*. Y particularmente en la América Latina de la década de los ochenta, debemos decir que el desarrollo fue un campo de lucha muy bien aprovechado por los movimientos para mostrar que lo perdido no era unos cuantos años en la carrera por el desarrollo sino la vigencia de los parámetros modernos del cambio incapaces de captar aquello que quería transformarse. Así, por ejemplo, cuando a principios de la década los paros cívicos colombianos se levantaron demandando derechos fundamentales (educación, salud, etc.) y el acceso y mejoramiento de servicios públicos (alcantarillado, vías, transporte, reducción de tarifas)⁶, no fue porque estuvieran siguiendo a destiempo el camino recorrido por los movimientos del Norte. Estaban denunciando los límites de un orden moderno colapsado por su incapacidad para atajar los problemas que él mismo había creado: megaurbes producto del éxodo masivo del campo a las ciudades industriales. La causa de dicho éxodo no fue solo la búsqueda de trabajo sino también de protección de una guerra civil que había tomado y sigue tomando a las zonas rurales colombianas como campos de batalla. Pensemos en otro caso. Cuando el movimiento Cocalero del Chapare boliviano reivindica el derecho a los cultivos de coca no es porque esté del otro lado de la

6 En Colombia los paros cívicos se celebraron desde 1957, pero fue en la década del ochenta cuando se convirtieron en una forma de protesta común. Sólo entre 1982 y 1984 alcanzaron a celebrarse cincuenta y ocho paros cívicos (Rojas, F. 1986).

frontera moderna, el lado de la tradición, a la espera de algún día saltarla. Sus demandas cuestionan a un Estado Nación moderno fundado sobre la base de la exclusión de los indígenas como ciudadanos y de sus prácticas ancestrales como 'cívicas'⁷. Recogiendo la idea del desarrollo como un campo de lucha y no como un requisito para articular movimientos, podemos desprendernos del prejuicio eurocéntrico según el cual las acciones colectivas del Sur tienen poco potencial para retar los límites de la modernidad. En el caso de esta región además, podemos asegurar que una de las contribuciones capitales de los movimientos ha sido poner sobre la mesa la crisis del desarrollismo y al mismo tiempo, ofrecer alternativas de cambio que superan la quimera del progreso.

Lecturas posmodernas/poscoloniales del desarrollo

Ahora bien, deshacerse del desarrollo como un requisito indispensable para articular movimientos sociales pasa por empapar las teorías de la acción colectiva de las perspectivas críticas del desarrollo. Estas perspectivas surgen con vigor en los años noventa ofreciendo interesantes claves interdisciplinarias para repensar el tema del desarrollo. Haré referencia a algunas de ellas inscribiéndolas en una doble lectura. Una, quizás la más conocida, de corte posmoderno, y a veces posestructuralista, se centra en deconstruir el desarrollo entendiéndolo como un modelo inscrito en la episteme moderna y su lógica del progreso. Otra lectura de corte poscolonial, menos conocida, muestra que la producción moderna del desarrollo estuvo amparada en la empresa colonial.

Lecturas posmodernas del desarrollo.

Es un lugar común pensar que el desarrollo es la única manera de acabar con la pobreza. Sin embargo, las lecturas posmodernas del desarrollo argumentan que esta conexión pobreza-desarrollo es relativamente reciente. Suelen reconocer dos momentos cruciales en los que emerge tal relación. El primero es a mediados del siglo XIX, cuando nace la sociedad industrial en Europa. Hasta ese momento la pobreza era vista como una condición espiritualmente digna y admirable. Por su parte, el desarrollo era entendido como un proceso cíclico, inmanente y fluctuante que incluía una mejora pero también un declive, un retorno donde principio y fin eran iguales (Esteva, 1992; Rahema, 1992). Inclusive, pretender el cambio de la naturaleza o de la vida social era muestra de debilidad y corrupción (Harding, 1993). Pero en el escenario de la Revolución Industrial, ambos significados cambian abruptamente y quedan vinculados entre sí. Tras el masivo éxodo campesino, las urbes crecen caóticamente; el colapso de las ciudades, el hacinamiento descontrolado, el contagio de enfermedades y la proliferación de condiciones de vida miserables, llevan a las autoridades locales a decretar las llamadas *Doctrinas del Desarrollo* como medida para frenar las condiciones adversas asociadas al progreso industrial (Nash y Tavera, 1994). En ese momento, la pobreza pasó de ser vista como una virtud, a ser entendida como un grave problema social y un problema que podría remediarse con el desarrollo, entendido como un proceso, ya no cíclico, sino 'lineal, deliberado y ascendente' (Esteva, 1992); un proceso que llevaría al perfeccionamiento. Fue en

⁷ Se podría pensar cómo las movilizaciones latinoamericanas responden a los distintos dispositivos a través de los cuales se instala la modernidad en la región. Por ejemplo, la forma en que responden al desarrollo como dispositivo moderno que promueve complejos procesos de "displacings" (Escobar, 2003); o el modo en que responden a las exclusiones sostenidas por la carta magna, los manuales de urbanismo y los manuales de gramática (Beatriz-González Stephan, 1996); o finalmente, al narcotráfico, el turismo, las industrias musicales y televisivas y las maquilas, como entradas de la modernidad a la región (García-Canclini, 1990).

este contexto de las nacientes sociedades industriales donde, por primera vez, se vinculan la pobreza como un problema y el desarrollo como su solución.

En el segundo momento se refuerza aún más este vínculo. Fue en el período posbélico cuando el desarrollo se convirtió en el paradigma de cambio de la historia contemporánea. El conocido discurso inaugural de Truman como presidente de Estados Unidos en 1949 recoge muy bien el espíritu de esta época: el desarrollo sería el instrumento fundamental de la modernización para evitar que la manera primitiva y miserable de vivir (comer, vestir, etc.) de los países pobres amenazara la paz mundial; esos programas también garantizarían que las zonas pobres del mundo (África, América Latina y Asia) alcanzaran los niveles de crecimiento económico, modernización e industrialización de los países ricos⁸. Bajo esta doctrina, se crearon los *Programas de Ayuda al Desarrollo* sostenidos por dos grandes pilares. Por un lado, el sistema de organismos multilaterales creado para garantizar la transferencia de ayuda del Norte al Sur (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y Organización de Naciones Unidas acompañados más adelante, de otras entidades como la Comisión Económica para América Latina). Por otro lado, el personal experto en el desarrollo. Como dicen Cooper y Packard (1997), en ese entonces hubo una extensa y repentina demanda de nuevos conocimientos y la formación de nuevos especialistas académicos que serían parte de comités consultivos. Las universidades incluyeron nuevas asignaturas o dieron nuevo énfasis a las ya existentes, de modo que se cubrieran temas relativos al desarrollo; centros de investigación, universidades y organizaciones interesadas por la transformación social, se abocaron a generar mecanismos de desarrollo que acabaran con la pobreza. Fue por esos años cuando se reforzó la idea del desarrollo como la solución 'natural' a la pobreza. Y además, aseguran Escobar y Pedrosa (1996), fue cuando el desarrollo comenzó a ser la instancia mediadora entre el Norte y Sur.

De la deconstrucción del desarrollo de corte foucaultiano que propone Arturo Escobar en «La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción» (1997), podemos derivar cuatro claves pertinentes para repensar el lugar del desarrollo en las teorías de movimientos sociales. Primera clave. El desarrollo funciona como un *complejo entramado discursivo* que produce sus propios *objetos* (pobreza, tercer mundo, atraso, etc.) y *sujetos* (pobres, tercermundistas, atrasados, etc.) con relaciones fijas y estables entre sí. De acuerdo a esta clave, el criterio del desarrollo como un requisito para articular movimientos es parte de ese entramado discursivo que reitera la producción del Norte y el Sur como sujetos del desarrollo y los reinscribe en la relación de atraso por la cual los movimientos del Sur seguirían a destiempo el recorrido trazado por los del Norte. Segunda clave. Las *formas de nombrar, clasificar, dividir*, etc. los procesos de cambio a partir de este modelo estarán siempre *limitadas por la episteme moderna* en la que emergieron; en otras palabras, la transformación no puede pensarse más allá de los límites de inteligibilidad del pensamiento decimonónico, lo cual cobija tanto a los paradigmas tradicionales del desarrollo como a los que son críticos del mismo. Siendo así, los sucesivos intentos por mejorar este modelo están condenados al fracaso porque limitan su concepción del cambio a una única lógica: la del progreso moderno. Según esta clave, las teorías de movimientos, aún cuando sean críticas de la modernidad, siguen ancladas en la episteme moderna. Incapaces de pensar el cambio desbordando la lógica del progreso moderno ven en el Sur la carencia del desarrollo y en sus acciones colectivas, un desatino por no tener como referente a ese modelo. Se les escapa de vista lo novedoso que pueden resultar sus propuestas de cambio no desarrollistas y más todavía, el potencial de tales propuestas para

8 El discurso de Truman completo y su análisis, pueden encontrarse en Rist (1997) o Viola (1999).

retar los límites de la modernidad. Tercera clave. La consolidación del modelo de desarrollo ha sido posible no tanto por la creación de un sistema de organismos multilaterales que garantiza la transferencia de ayuda del Norte al Sur, sino por el hecho de que esa *red institucional es donde se crean y recrean las prácticas sociales que dictaminan el tipo de intervenciones válidas para cambiar la condición de pobreza* (dimensión foucaultiana del *poder*). En este sentido, la academia (con sus dispositivos de análisis de los movimientos sociales), sería otra institución que ha contribuido a crear y recrear esas prácticas sociales, obviando –cuando no despreciando– las intervenciones que no cursan por la lógica desarrollista. Cuarta clave. En estrecha correspondencia con lo anterior, otra condición que ha hecho posible la consolidación del desarrollo es el *aparato conceptual experto* en la materia. La función de diseñar, ejecutar y evaluar planes y programas para erradicar la pobreza posiciona al personal experto en desarrollo como el autorizado para determinar cuándo y cómo debe cambiar la gente pobre (dimensión foucaultiana del *saber*). En esta labor ha sido central la Economía y puntualmente la Economía del Desarrollo; en sus distintas vertientes –escuela Ortodoxas (Rostow), Neo-institucionalista (Hirschman, Myrdal), escuela Estructuralista Latinoamericana de la Dependencia (Cardoso y Faletto, Prebish, Marini, Sunkel, Dos Santos)– dicha disciplina se convirtió en la portadora de la modernidad (Mires, 1993; Escobar, 1996) y vectora de las demás ciencias sociales: la Antropología para el Desarrollo (de Redfield o Lewis), la Sociología del Desarrollo (de Germani) o lo que he denominado, la Psicología Desarrollista (Flórez-Flórez, 2002), entre otras disciplinas⁹. Según esta clave, por su criterio eurocéntrico del desarrollo como requisito para articular movimientos, las teorías de movimientos sociales también serían otra fuente subsidiaria de este aparato conceptual experto.

Lectura postcolonial del desarrollo.

Ahora bien ¿qué sucede si consideramos que las formas de saber/poder desarrollistas inscritas en lógicas modernas del progreso han sido funcionales a lógicas coloniales? Si seguimos la tesis de «la colonialidad como la otra cara de la modernidad» introducida por Dussel (2000), veremos que las aspiraciones de progreso y evolución propias de la modernidad han estado en correspondencia con operaciones típicamente coloniales como por ejemplo, el blanqueamiento de las poblaciones o la subalternización de los saberes locales. El trabajo de Chandra Mohanty (1986) fue pionero en mostrar que el proyecto de ciertos feminismos de emancipar a las mujeres tercermundistas requiere complejas operaciones coloniales que paradójicamente, refuerzan la superioridad (de la mujer) occidental. Siguiendo esta perspectiva de la colonialidad como la otra cara de la modernidad, tendríamos que ampliar la lectura posmoderna del desarrollo con una postcolonial. Este último tipo de lecturas indica dos momentos en los que el nexo moderno entre pobreza y desarrollo fue funcional a la colonia.

El primero transcurre alrededor de 1870, cuando comienza la segunda ola de colonización tomando como escenario a Oceanía, Asia y de manera dramática a África¹⁰. En ese entonces, explican Schech y Haggis, (2000), las colonias se convirtieron en los ‘laboratorios’ donde las metrópolis aplicaron sus *políticas desarrollistas* en materia de educación, administración, economía, etc., con la convicción de que éstas traerían la civilización a las poblaciones atrasadas. En palabras de Esteva (1992), durante ese período el proyecto del

9 Una aproximación crítica a estas disciplinas desarrollistas (demografía, educación, ciencias políticas, etc. además de economía) fue compilada por Cooper y Packard (1997).

10 Recordemos que del 10.8% de tierras colonizadas en 1870, África pasó a tener el 90.4% en 1945 (Martínez, J. y Vidal, JM^a, 1996).

desarrollo justificó no tanto la necesidad como la ‘responsabilidad’ moral de llevar a cabo las colonizaciones.

Otro momento lo hallaremos en la experiencia colonial hispano-lusitana, durante el período de post-independencia (tomando a 1820 como fecha promedio). Justo cuando la región se configura simbólicamente, no en lo opuesto a Europa (como sí sucedió con Oriente), sino en su prolongación imperfecta, su reflejo inconcluso (Mignolo, 2000). En su obra «La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX» Burns Bradford explica que, por esos años, la región se debatía entre la adopción o el rechazo de los modelos europeos de modernización que acompañaron al proceso de industrialización. Terratenientes (aferrados a las formas de producción hasta entonces conocidas, pero tentados por los beneficios de las novedades) se enfrentaron a burgueses (deseosos de impulsar a las incipientes naciones copiando el espíritu moderno europeo); y, a su vez, ambos grupos se opusieron a la población campesina (resistente a someterse de manera innecesaria a nuevas formas de vida). Finalmente, tras innumerables guerras civiles, se dio paso a la modernización como fundadora del ‘nuevo orden desarrollista’ (Bradford, 1990). Un orden que pese al entusiasmo con el que llegó y al dolor que costó, no fue tan nuevo, ya que siguió perpetuando la exclusión social valiéndose ya no de las instituciones y autoridades coloniales, sino del Estado y la legitimidad de los intelectuales de la «ciudad letrada» –como los llamó Ángel Rama. En nombre del desarrollo, las emergentes naciones latinoamericanas impulsaron *políticas públicas desarrollistas* tremendamente excluyentes. Como dice Quijano (2000), esa exclusión muchas veces incluyó la eliminación de una parte importante de la población: indígenas, negros y mestizos. Recordemos, por ejemplo, los etnocidios perpetrados por Sarmiento en Argentina bajo la doctrina de Civilización o Barbarie, el sistemático blanqueamiento de la población impulsado por Núñez en Colombia o la instalación del mito de la democracia racial promovidos por las elites brasileras basado en el menosprecio de lo no blanco¹¹.

Ya para cerrar este apartado me interesa destacar que los nexos modernos/coloniales entre pobreza y desarrollo tienen un asidero *subjetivo*. Por un lado, han dejado marcas subjetivas que van sedimentándose entre sí; o sea, que en vez de sustituir una a la otra, se incorporan sucesivamente. Así, al “sin alma” o el poseído por el mal de la Edad Media y al “ser irracional” del siglo XVIII, se superpone en el imaginario social del siglo XIX la figura del “primitivo” cuya única salida es evolucionar (Núñez, 2001), y más recientemente, la del “peligroso” pobre sin más posibilidad que ser ‘emprendedor’. Por otro lado, estos distintos referentes, aún cuando emergieron localmente (primero en Europa, luego en América Latina, después en Oceanía, Asia y África y finalmente, en el Primer-Tercer Mundo), suscitaban marcas subjetivas globales. En este sentido, es común para la gente de estos lugares e incluso para la del *Cuarto Mundo*¹², haber experimentado la sensación de ser lo que la cineasta vietnamita Trin Min-ha (1986) llama un «otro inadecuado». Por ejemplo, inadecuado por no “saberse vestir bien” o por mantener vigentes prácticas medicinales y religiosas “primitivas”¹³.

11 Al respecto es interesante el análisis de Quijano (2000) sobre la homogenización de la población latinoamericana producida no por la extensión de las instituciones democráticas sino por la exclusión (genocidios, mito de la democracia racial, etc.).

12 Expresión que surge a finales del milenio para referirse a la población que vive en condiciones de desprotección en los países del Primer Mundo.

13 Núñez (2001) afirma que, efectivamente, el Tercer Mundo no es sólo un concepto, una categoría que sirve para clasificar países o una parte del mundo llena de exotismo, sino también una profunda coordenada identitaria marcada por el auto-prejuicio que ilustra como un mundo habla y otro es “hablado”. Esto es, tener siempre mayores probabilidades de ser el objeto de la oración y no el sujeto, definirse desde una “identidad” heterodesignada, comporta unas consecuencias definitivas en las maneras particulares de hacerse un lugar en el mundo.

Más allá del dilema entre el desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo

El impostergable reconocimiento de la crisis desarrollista llevó al reclamo, no de un desarrollo alternativo sino de alternativas al desarrollo (Viola, 1999). Las perspectivas críticas antes referidas, han encaminado sus discusiones optando por una de estas dos salidas. La primera cuestiona la institucionalización del desarrollo y se preocupa por analizar los *modelos de desarrollo alternativo*, es decir, las apropiaciones locales y creativas que la población hace de este modelo, transformándolo para su propio beneficio y el de su comunidad. Esta opción recalca que debemos pensar el cambio en el marco del desarrollo porque es el terreno discursivo donde las organizaciones negocian sus acciones con el Estado y las agencias de cooperación internacional. En esta línea apunta la obra «El desarrollo internacional y las ciencias sociales. Ensayos sobre historia y políticas del conocimiento» compilada por Cooper y Packard (1997) donde se plantea que lo importante es comprender cómo los actores negocian cotidianamente los significados hegemónicos del desarrollo. Optar por esta vía es interesante para captar por ejemplo, cómo los movimientos ambientalistas amplían su margen de maniobra cuando apelan estratégicamente al legitimado discurso del desarrollo sostenible. Estoy pensando en las huertas comunitarias que muchas organizaciones de base logran levantar a partir del financiamiento de proyectos de desarrollo sostenible por parte de organismos estatales o multilaterales pero cuyos resultados muchas veces desbordan los parámetros del desarrollo sostenible (con la seguridad alimentaria, el fortalecimiento de relaciones económicas de reciprocidad, etc.). No obstante, esta opción de centrarse en el desarrollo alternativo tiene el inconveniente de obviar que “no todo el mundo tiene las mismas condiciones para negociar” (Pujal, comunicación personal 2004); o en palabras de Tarrow (1992), que no todos los movimientos tienen la misma «estructura de oportunidad política». Por ejemplo, a la hora de dialogar con el Estado sobre los cultivos ancestrales de coca es claro que el movimiento indígena del Cauca colombiano no tiene el mismo margen de maniobra que el del Chapare boliviano. Basta con constatar que las movilizaciones alrededor de la Minga convocadas desde el año pasado por la Organización Nacional Indígena de Colombia y respaldadas por gran parte de la población, se han realizado en medio de represiones descaradas por parte del gobierno. Otro aspecto que se pierde de vista si nos centramos solamente en las negociaciones cotidianas del discurso del desarrollo, es la asombrosa capacidad de este discurso para cooptar a los movimientos sociales. El caso del feminismo es uno de los más ilustrativos. En los años sesenta el Comité sobre la Situación de la Mujer de la ONU exigió la integración de las mujeres al desarrollo de modo que reciban los beneficios del crecimiento económico. En la década del setenta el grupo *Women In Development* (WID) denunció que el Nuevo Orden Económico Internacional seguía excluyendo a ‘La Mujer’ del desarrollo (principalmente, por mantener la esfera privada de reproducción de bienes y servicios no asalariada al servicio de la esfera pública de producción asalariada). En los años ochenta, bajo la tesis de que la división sexual del trabajo es inherente a un sistema de producción y acumulación capitalista desigual, el grupo *Women And Development* (WAD) logró incluir la variable género como moderadora del Índice de Desarrollo Humano. Una década después, en los noventa, el grupo *Women, Development and Environment* (WDE) mostró que el Desarrollo Sostenible es imposible debido al capitalismo patriarcal y blanco que explota el medio ambiente. El más reciente grupo *Gender And Development* (GAD) pretendió dar voz a las Mujeres del Tercer Mundo como protagonistas del Desarrollo Integral y Participativo. Son muchos años de lucha que, además de mostrar la gran versatilidad del feminismo para renovarse, también plantean

la pregunta por su riesgo de institucionalización; esto a medida que sus demandas se avienen con los sucesivos paradigmas del desarrollo: crecimiento económico, desarrollo humano, desarrollo sostenible, y finalmente, desarrollo integral y participativo¹⁴.

Pasemos a la segunda opción. Inspirada en el post-estructuralismo, esta opción desecha la idea del desarrollo como la solución única y natural a la pobreza. Por eso anima a estudiar las *alternativas a los modelos de desarrollo* que están proponiendo diversos movimientos sociales y organizaciones de base a lo largo y ancho del planeta. Por eso se llama post-desarrollista (Mires, 1993; Esteva, 1996; Escobar, 1996, 1997; Rist, 1997). Con esta salida se arrastra la discusión hasta sus últimas consecuencias: ya no basta con un cambio de flujos entre las zonas periféricas (ricas en biodiversidad) y las del centro (con desmesurados niveles de consumo); debemos aceptar que hace rato se agotó el desarrollo como salida a la miseria; además se subraya que los movimientos no sólo cuestionan a la modernidad sino que además, ofrecen opciones que se salen radicalmente de ella¹⁵. Por ejemplo, los indígenas Nasa del Cauca colombiano, antes que hablar de desarrollo hablan de Plan de Vida para sus resguardos¹⁶. Igualmente, muchas organizaciones de los pueblos originarios del Abya Yala (América) están reivindicando el Buen Vivir como un modelo alternativo al desarrollo y a la vez, un legado indígena, basado en relaciones de reciprocidad, cooperación y complementariedad. En todo caso, esta opción post-desarrollista tiene el inconveniente de desechar muy pronto la exploración del potencial subversivo de ciertas acciones colectivas que en principio parecen seguir la lógica hegemónica. En todo caso, esta es una discusión abierta.

Si traigo a colación esta encrucijada entre el desarrollo alternativo o las alternativas al desarrollo es porque me interesa que las discusiones de movimientos sociales no se queden allí. Aunque optar por una u otra salida fue un debate fructífero en el momento que cobraron fuerzas las perspectivas críticas del desarrollo no creo que resulte provechoso para desprendernos del desarrollo como criterio de evaluación de los movimientos. Escoger exclusivamente una de esas dos salidas devuelve la discusión al ámbito moderno del que pretende alejársela. Asume que hay espacios puros de resistencia muy difíciles de sostener desde la acción colectiva que a diario lidia con instituciones que encarnan el abuso del poder (Estado, multinacionales, actores armados, etc.). Por otra parte, tener que elegir forzosamente entre una u otra vía reproduce la lógica binaria moderna que simplifica la complejidad de la miseria así como la de los grandes esfuerzos que están articulando los movimientos para transformarla.

Frente a la tendencia de la academia a optar por una de las otras dos salidas, las trayectorias de los movimientos indican que *debemos ir más allá del dilema que privilegia de manera excluyente los modelos de desarrollo alternativo o las alternativas al modelo de desarrollo*, orientando nuestros esfuerzos a comprender cómo las tácticas que negocian las lógicas desarrollistas se su-

14 El análisis de Sonia Álvarez (2001) "Los feminismos latinoamericanos se globalizan. Tendencias de los noventa y retos para el nuevo milenio", trata este tema de la institucionalización del feminismo. Por otro lado, hay que decir que el desarrollismo del movimiento feminista empieza a tener fisuras cuando, a principios del nuevo milenio, el grupo *Development Alternatives with Women for New Era* (DAWN), desde una perspectiva no eurocéntrica, cuestiona los parámetros institucionalizados de los distintos enfoques de inclusión de las mujeres en las agendas de desarrollo que obvian los complejos cruces entre raza/etnia, sexualidad, religión, clase y por supuesto, sexo/género. Sería interesante rastrear cómo dicho grupo se nutre de las demandas de distintos movimientos feministas de las décadas anteriores.

15 Esta la ponen sobre la mesa autores del Giro Decolonial (Dussel, Quijano, Mignolo, Escobar, Lao, Castro-Gómez, etc.) y también la mirada europea de frontera (no eurocéntrica) de Boaventura de Souza Santos.

16 Comunicación oral del activista y filósofo nasa Diego Tupáz en su presentación sobre el Pensamiento Andino (IESCO, Bogotá noviembre del 2007). Al respecto puede revisarse la website de la Organización Nacional Indígena de Colombia: <http://www.onic.org.co>

perponen de manera compleja y contradictoria con las estrategias que intentan subvertirlas. Y esta no es una tarea fácil pero hay que intentarla pues, como dice Boaventura de Sousa Santos, no debemos seguir buscando salidas modernas a los problemas modernos. En este punto resulta muy pertinente su propuesta de la «hermenéutica del surgimiento»: una perspectiva interpretativa que busca hacer más visibles y creíbles las diversas formas en que organizaciones, movimientos y comunidades están resistiendo a la hegemonía del capitalismo embarcándose en alternativas económicas fundadas en lógicas no capitalistas (equidad, la solidaridad y la protección de la naturaleza) (Sousa Santos, 2001). Las alternativas pueden incluir: desde formas de concebir y organizar la vida económica que rompen radicalmente con el capitalismo, hasta aquellas que apuntan a su transformación gradual (Souza y Rodríguez, 2002). Lo interesante de esta perspectiva es que exige considerar simultáneamente un amplio rango de alternativas sacándonos inmediatamente de la lógica binaria del todo o nada. Además, facilita el análisis del impacto de las acciones colectivas contemporáneas sabiendo que el hecho de que los movimientos negocien los sentidos hegemónicos del desarrollo (proponiendo modelos de desarrollo alternativo) no impide que simultáneamente, y a veces hasta de forma contradictoria, estén desplegando estrategias de transformación que desbordan ese modelo (con sus modelos alternativos al desarrollo).

Desafíos: el saber y el lugar como claves analíticas de los movimientos sociales

Para repensar la relación entre acción colectiva, cambio y desarrollismo, además de intentar evadir la lógica binaria, tenemos el desafío de buscar formas de *otorgarle en la academia estatus epistémico a los saberes producidos localmente por los movimientos sociales*. En general, la academia se esfuerza por reconocer en los movimientos la promesa de un futuro mejor. Pero muy pocas veces sienta las bases teóricas para tal reconocimiento. Desde la Teoría de los Marcos Interpretativos, Eyerman y Jamison se refieren abiertamente a los movimientos sociales como productores de «territorios cognitivos» cuyas prácticas configuran nuevos espacios conceptuales desde donde se diagnostica y problematiza el contexto social (Eyerman y Jamison, 1991). Esta entrada es excepcional pues comúnmente se produce conocimiento sobre la acción colectiva y sus impactos en la vida contemporánea sin considerar que el saber producido por los propios movimientos también es crucial para tal labor. De esta forma, se termina detallando los procesos a través de los cuales las prácticas de los movimientos devienen fuentes de *poder* pero se niega aquellos que constituyen fuentes de *saber*.

Otorgarle estatus epistémico a los saberes producidos localmente por los movimientos supondría, entre otras cosas, que las *instituciones desarrollistas* abrieran sus horizontes a los saberes producidos por los movimientos considerándolos no como localismos provincianos sino –en palabras de la (nego) feminista Obioma Nnaemeka (2004)¹⁷– como complejas herramientas capaces de permear los intersticios de la teoría y que por ser abstracciones intelectuales requieren poderosos análisis para ser mostradas y comprendidas. También exigiría que la *academia* en general y *las teorías de movimientos* en particular tomaran en serio las prácticas ancestrales de los movimientos entendiéndolas en términos de lo que Daniel Mato (2002) llama «Otras Prácticas Intelectuales» de saber extra-académico. Por ejemplo, el feminismo –en su doble perspectiva

¹⁷ Con *nego-feminismo* la autora pretende destacar el carácter negociador de ciertos feminismos africanos que buscan la negociación y la colaboración antes que la disrupción o la separación (como sería el caso de ciertas prácticas feministas occidentales).

de movimiento social y teoría crítica (Pujal, 2002)– tendría el desafío de reconocer la importancia que muchas mujeres de movimientos indígenas y afro le dan a prácticas ancestrales de permanencia en el territorio. El reto está en hacer ese reconocimiento sin caer en un romanticismo esencialista que oponga tradición y desarrollo ni tampoco en una ciega equivalencia desarrollista entre tradición y subordinación. Este es un desafío importante de afrontar por ejemplo en Colombia donde muchas veces esas prácticas ancestrales garantizan la permanencia en territorios azotados por la guerra. Como explican las activistas del Proceso de Comunidades Negras para el caso de los bosques tropicales del Pacífico colombiano, desde la cosmovisión de las Comunidades Negras no se posee el Territorio sino el derecho ancestral a permanecer en él. Por eso las actividades socio-productivas se basan en esa disponibilidad de los recursos naturales (tala, caza, agricultura, pesca y minería) y condicionan los roles generacionales y de género. En este último caso, las tareas vinculadas al rol femenino (cuidado de niños/as y ancianos/as, recolección de plantas medicinales y comestibles en el perímetro que rodea la casa, participación en ritos de paso: nacimiento y muerte, etc.) exigen la permanencia de las mujeres en los asentamientos ribereños, convirtiéndolas en el referente de pertenencia al lugar para sus descendientes (Libia Grueso y Leyla Arroyo, 2002). Habría que ver hasta qué punto el movimiento feminista estaría dispuesto a reconocer el potencial de tales prácticas ancestrales.

Por otro lado, el reto de darle estatus epistémico a esos saberes locales sería una ocasión para *tender puentes con la tradición de pensamiento crítico de la región* (Filosofía de la Historia, Teología de la Liberación, Educación Popular, Investigación Acción-Participativa, Economía de la Dependencia, entre otras). Parecería que hablar del saber y del lugar en el marco de la acción colectiva es algo novedoso, perdiéndose de vista los valiosos aportes con que contamos desde hace ya varios años. Por ejemplo ¿dónde convergen el Diálogo de Saberes y la Investigación Colaborativa o el primero y la Co-producción del saber?¹⁸ La dificultad estaría en tender estos puentes sin caer en el error de buscar un lugar ‘propio y auténticamente’ latinoamericano; recordemos con Santiago Castro-Gómez (1996) que una grave dificultad de la tradición de pensamiento crítico de la región, fue la búsqueda por lo propio que con todo y su talante anti-colonial, se mantuvo inscrita en la episteme moderna al pretender salidas homogéneas y unitarias para el continente.

Finalmente, reconocer el estatus epistémico de *saberes locales* exige comprender que *se inscriben en redes globales*. Estoy de acuerdo con Rodríguez y Sousa Santos (2006) cuando afirman que un error de la literatura que aboga tanto por desarrollos alternativos como por alternativas al desarrollo es hacer un énfasis casi exclusivo en lo local. Creo que gran parte del éxito de los movimientos sociales tiene que ver con su versatilidad para transitar por distintas escalas. De ahí la relevancia del estudio multiescalar que propone Ulrich Oslender (2008) en su análisis espacializado de las prácticas de los movimientos afro del Pacífico colombiano¹⁹. Aproximaciones de este tipo contribuyen a mostrar que los saberes producidos por los movimientos del Sur, lejos de ser provincianos, pueden llegar a conectarse en complejos y dinámicos circuitos que van de lo local a lo global y viceversa.

* * *

18 Este último término es de Daniel Mato (2002).

19 Oslender 2008 *Comunidades Negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales* (Bogotá: ICANH).

Este texto es una invitación a dejar de considerar el desarrollo como un criterio-diagnóstico del potencial de los movimientos para retar los límites de la modernidad. Al contrario, propone entenderlo como un terreno de lucha donde emerge la acción colectiva. Para el caso de Latinoamérica propuse que el desarrollo ha sido además un terreno de lucha muy bien aprovechado por los movimientos de los ochenta para repensar el cambio más allá de los parámetros del progreso propios de la episteme decimonónica. De ahí la afirmación de que la crítica al desarrollismo constituye uno de los aportes de los movimientos latinoamericanos en su doble tarea de evidenciar los límites de la modernidad/colonialidad por un lado, y de ofrecer alternativas a ella, por otro. Para captar este aporte se planteó nutrir las teorías de movimientos de las perspectivas críticas del desarrollo pero sin reproducir el binarismo en el que muchas veces han caído al considerar de manera excluyente la construcción de alternativas al desarrollo o de desarrollo alternativo. Dijimos que las acciones colectivas de los movimientos muestran el ensayo simultáneo y hasta contradictorio de ambas salidas. Esta constatación, lejos de cerrar la discusión, nos abre arduos desafíos que debemos afrontar si queremos visibilizar las conexiones trans-globales de saberes locales que los movimientos están poniendo a circular de Sur a Sur y, por qué no, los que están poniendo a transitar a través de la *solidaridad de pueblo a pueblo* entre el Norte y el Sur²⁰.

Referencias Bibliográficas

- Álvarez, Sonia 2001 “Los feminismos latinoamericanos “se globalizan”. Tendencias de los '90 y retos para el Nuevo milenio” en: Álvarez, Dagnino, y Escobar (eds.) *Política Cultural & Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos* (Bogotá: Taurus-ICANH) 345-380.
- Bradford, E. 1990 *La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX* (México: Siglo XXI).
- Calderón, Fernando 1986 (ed.) *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires: CLACSO).
- Castro-Gómez, Santiago 1996 *Crítica de la Razón Latinoamericana*. (Barcelona: Puvill).
- Cooper, Frederick and Packard, Randall 1997 “Introduction” en Cooper, F. and Packard, R. (eds.) *International Development and the Social Sciences. Essays on the History and Politics of Knowledge* (USA: University of California Press) 1-41.
- Dussel, Enrique 2000 “Europa, modernidad y eurocentrismo” en Lander, E. (comp.) *La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (Buenos Aires: CLACSO) 41-53.
- Escobar, Arturo 1998 (1996) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (Colombia: Grupo Editorial Norma).
- _____ 1997 “Imaginando un futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales” en López-Maya, Margarita (ed.): *Desarrollo y Democracia* (Caracas: Nueva Sociedad) 135-172.
- _____ 2003 “Displacement, development and modernity in the Colombian Pacific” *International Social Science Journal* 175 (157-167).
- Escobar, Arturo y Álvarez, Sonia 1992 *The making of social movements in Latin America: identity, strategy and democracy*. (USA: Westview Press)
- Escobar, Arturo Álvarez, Sonia y Dagnino, Evelina (eds.) 2001 *Política Cultural & Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos* (Bogotá: Taurus-ICANH).
- Escobar, Arturo y Pedrosa, Álvaro 1996 *Pacífico ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano* (Bogotá: CEREC).

²⁰ Solidaridad de pueblo a pueblo es el lema de la Casa de la Solidaritat de Barcelona que agrupa a un sinnúmero de colectivos de solidaridad entre el pueblo catalán y el de América Latina.

- Esteva, Gustavo 1996 (1992) "Desarrollo" en Schach, Wolfgang (ed.) *Diccionario del desarrollo* (USA: Zed Book) 52-78.
- Eyerman, Rom and Jamison, Andrew 1991 *Social movements: a cognitive approach* (Cambridge: Cambridge Polity Press).
- Flórez-Flórez, Juliana 2002 "(Des)encuentros con la Psicología desarrollista" en *Revista Heterotopía* (Caracas: Centro de Investigaciones Populares), 21(2), 55-87, octubre.
- _____ 2007 "Lectura no eurocéntrica de los movimientos sociales latinoamericanos. Claves analíticas del Programa Modernidad/Colonialidad" en Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores) 243-266.
- Foweraker, Joe 1995 *Theorizing on Social Movements* (London: Pluto Press).
- Foucault, Michel 2000 (1975) *Vigilar y Castigar* (Madrid: Siglo XXI).
- Giddens, Anthony 2002 (1990) *Las consecuencias de la modernidad* (Madrid: Alianza Editorial).
- Gruoso, Libia y Arroyo, Leyla 2002 "Mujeres y defensa del lugar en las luchas del Movimiento Negro colombiano" en Harcourt y Escobar (eds.) *Desarrollo. Lugar, política y justicia: Las mujeres frente a la Globalización* (68-76).
- Harcourt, Wendy y Escobar, Arturo 2002 "Mujeres y Política de Lugar" en Harcourt, Wendy y Escobar, Arturo (eds.) *Desarrollo. Lugar, política y justicia: Las mujeres frente a la Globalización* (5-12).
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal 1997 (1985) *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Madrid: Siglo XXI).
- Mainwaring Scott y Viola Eduardo 1984 "New Social Movements, political culture and Democracy: Brazil and Argentina in the 1980's" en *Telos*, 61:17-54 Fall.
- Martínez, Javier y Vidal, José M^a 1996 *Economía Mundial* (España: Mc Graw Hill).
- Mato, Daniel 2002 "Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder" en Mato Daniel (coord.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* Buenos Aires: CLACSO (21-45).
- Mignolo, Walter 2000 *Historias Locales/Diseños Globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (Madrid: Akal).
- Mires, Fernando 1993 *El Discurso de la Miseria o la crisis de la sociología en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Mohanty, Chandra 1986 "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses" en *Feminist Review*, 30.
- Nash, Mery y Tavera, Susana 1994 *Experiencias desiguales. Conflictos sociales y respuestas colectivas Siglo XIX* (Madrid: Síntesis).
- Oslender, Ulrich 2008 *Comunidades Negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales* (Bogotá: ICANH).
- Pujal, Margot 2002 "Estudio de caso: el feminismo" en Domenech y Pujal (coords.) *Psicología de los grupos de y de los movimientos sociales* (Barcelona: UOC) tercer módulo
- Quijano, Aníbal 2000 "Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina" en Lander, E. (comp.). *La Colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO) 201-246.
- Rahnema, Majid 1992 "Pobreza" en Schach, Wolfgang. (ed.) *Diccionario del desarrollo* (USA: Zed Books).
- Rist, Gilbert 2000 (1997) *The History of Development. From western origins to Global Faith* (USA: Zed Books) 3rd impression.
- Rodríguez, César y Sousa Santos, Boaventura 2006 "Para ampliar el canon de la producción" en *Desarrollo, Eurocentrismo y Economía Popular. Más allá del paradigma neoliberal* (Caracas: República Bolivariana de Venezuela. Ministerio para la Economía Popular).
- Rostow, Walt 1993 (1961) *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* (España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social).

- Routledge, Paul 2003 "Convergence space: process geographies of grassroots globalisation networks" en *Transactions of the Institute of British Geographers* 28 (3), 333-349.
- Schech, Susanne y Haggis, Jane 2000 *Culture and Development. A critical introduction* (UK: Blackwell Publishers).
- Sousa Santos, Boaventura. 2001 "Las tensiones de la modernidad" en Monereo, M. y Riera, M. (eds.) *Porto Alegre. Otro Mundo es posible* (Barcelona: El Viejo Topo) 139-187.
- Tarrow, Sidney 1992 "Mentalities Political cultures and collective action frames" en Morris, Aldon and Mueller, Carol (eds.) *Frontiers in social movements theory* (London: Yale University Press).
- Touraine, Alain 1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina* (Santiago: PREALC/OIT).
- Touraine, Alain y Khosrokhavar, Farhad 2002 (2000) *A la búsqueda del sí mismo. Diálogos sobre el sujeto* (Barcelona: Paidós).
- Viola, Andreu 1999 "La crisis del desarrollismo y el surgimiento de la antropología del desarrollo" en Viola, Andreu (comp.) *Antropología del Desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina* (Barcelona: Paidós) 9-64.
- _____ 2001 "¡Viva la coca. Mueran los gringos!". *Movilizaciones campesinas y etnicidad en el Chapare (Bolivia)* (Barcelona: Publicaciones UB).
- Wallerstein, Immanuel 1987 *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo* en <<http://www.binghamton.edu/fbc/iwlameri.htm>> fecha de acceso: julio de 2009.

